

**¡CORRAN, AHÍ BAJA  
EL INFIERNO!**

Esta obra fue seleccionada mediante comité editorial en el marco de la convocatoria pública “Pichincha en libros 2022” del Núcleo Pichincha.

***¡Corran, ahí baja el infierno!***

© Hugo Palacios, 2023

**Diseño de portada:** Casa de la Cultura Ecuatoriana  
“Benjamín Carrión” Núcleo Pichincha

**Edición y diseño:** Dirección de Publicaciones y Editorial  
Sede Nacional CCE

Primera edición-NPCH-2023

ISBN: 978-9942-705907



**Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión” Núcleo Pichincha**

Unidad de Publicaciones y Editorial Provincial

Av. 6 de Diciembre N16-160 y Av. Patria

Telf.: 02 2 502 603

[www.nucleopichincha.com](http://www.nucleopichincha.com)

**Dirección de Publicaciones y Editorial Sede Nacional CCE**

Avs. 6 de Diciembre N16-224 y Patria

[direcciondepublicacionesyeditorial@casadelacultura.gob.ec](mailto:direcciondepublicacionesyeditorial@casadelacultura.gob.ec)

[www.casadelacultura.gob.ec](http://www.casadelacultura.gob.ec)

Quito-Ecuador

¡CORRAN, AHÍ BAJA  
EL INFIERNO!

HUGO PALACIOS

QUITO-ECUADOR

2023

En memoria de los  
fallecidos de La  
Comuna,  
tras el aluvión del  
31 de enero de 2022.

*Cada cual volverá a su triste tumba,  
retomarán su carne y su apariencia,  
y oirán aquello que atruena por siempre.  
Así pasamos por la sucia mezcla de sombras  
y de lluvia a paso lento,  
tratando sobre la vida futura.*

**Dante Alighieri**

«¡Cuidado, cuidado, el agua!»  
Esa fue la voz que algunos escucharon antes de que el aluvión los tomara por sorpresa. A partir de ahí, solo gritos y el infierno que llegó en forma de un río de muchas navajas. Fueron minutos de terror. Quienes estaban en la cancha de vóley y sobrevivieron a la tragedia tienen pesadillas constantes. Aníbal Quishpe Romero se despierta bañado en lágrimas cuando amanece lloviendo. Tiene 21 años, es de estatura pequeña, tez morena, con unos ojos grandes y abultados. Habla rápida y fluidamente, como si vendiera remedios mágicos en media plaza: un renacuajo de verbo envidiable.

—Me salvé porque justo me timbró al celular Rebeca, mi novia, o sea mi

ángel de la guarda en falda cortita. Y como me daba vergüenza de que mis amigos me escucharan de romántico y cursi, decidí alejarme de la cancha algunos metros. Ya habían empezado el partido, y prometía muchas emociones porque estaban entre duros. Nos habíamos concentrado como unas cuarenta personas, más o menos. Una llovizna constante nos pinchaba la piel y yo sentía un olor fuerte como a basura podrida; a lo mejor es el aroma de la muerte que avisa un poquito antes de llegar. Me retiré unos metros para poder hablar tranquilamente con el proyecto de esposa (así le digo para que se ría). Eso me salvó.

Al percatarse de que bajaba ese monstruo de mil cabezas pudo correr hacia una calle aledaña. El agua lo atrapó de todas maneras, pero no con la virulencia con que arrasó la cancha de vóley. Fue arrastrado cientos de metros abajo,

a la vez que tragaba agua. Era golpeado por piedras, ramas y otros objetos; sin embargo, respiraba. Había que luchar hasta el final, nunca darse por vencido ni en las peores horas, ni en los baches de la vida, ni en los pantanos de la muerte. Así le decía su abuelo que, paradójicamente, se había suicidado días después de que falleciera su esposa.

Mientras era llevado por la corriente de agua y lodo pensó en muchas cosas. Sintió que iba a morir, así que los recuerdos se le vinieron encima, como dicen que les pasa a quienes están por despedirse por fin de este mundo. Y claro, su primera imagen fue Rebeca, su novia, la única chica del barrio que juega fútbol, básquet y toca dos instrumentos. La imaginó siendo asediada por los guambras de Las Casas, que siempre le silbaban cuando iba a comprar el pan de la tarde. Y lo peor era que a ella parecía gustarle ese sonidito vocal en colectivo, ya que nunca

cambiaba de ruta ni de panadería. A veces los volteaba a ver, con un mohín de complicidad. Aníbal no cree que silbando y con piropos de mal gusto se conquista a una dama. Para eso se inventó la labia maldita, un poema de Neruda aprendido de memoria y el galanteo de vereda estrecha.

—Ahora sí que le van a llover los buitres del barrio viendo que la dejo sola, por fin.

Se acordó de su primer beso con ella, justo en la cancha de vóley, a las ocho de la noche, un 15 de enero. Los vecinos sentían una extraña felicidad porque se alistaban para presenciar el vóley. Iba a jugar Wilmer, quien llegaba cada fin de semana de un barrio lejano. Ponía como los dioses y tenía un humor de calle envidiable; se burlaba de sus rivales con comentarios satíricos cada que los sorprendía con una buena jugada. Pero como hasta los dioses pueden ser presa del destino,

Wilmer fue llamado sin avisar a ser parte de los dioses que caían en desgracia. El aluvión se lo tragó. A pesar de su muerte, en muchos quedan rondando sus épicas frases para bajarle la moral a sus oponentes:

—Cuidado, guambrito, no sabes con quién te estás metiendo. Pregúntale a tu *jermu*.

—A las ocho meo justo donde cayó la bola, gil.

—¿Mala? Mala tu ñaña.

—Así se pone, así se canta, así somos los gallos finos.

—¡Toma tu vuelto!

—Tienes que volver a nacer para ganarme a mí.

—¡Uy, uy, se quebró la espalda el abuelito! Llamen una ambulancia que se nos muere el pobrecito.

—Ni hombres han podido ganarme, vas a poder vos.

—¡Qué puntazo! Deberías contratarme como cuñado.

—La señora del morocho pone mejor que vos.

—Chiiiiiii, esperma aguada el pobre.

Aníbal y Rebeca eran amigos desde hace tres años, pero el amor ya los había agarrado del cogote y no les daba respiro. Así que, esa noche, aprovechó que los padres de su novia iban a llegar muy tarde por un cumpleaños de un amigo, y se dijo: «Hoy, las estrellas y Rebeca son mías». Ella, de figura robusta, labios finos y cabello azabache, había salido con una minicortita, esperando que él la viese mucho más linda que de costumbre. Y dio resultado, porque no podía quitar sus ojos de las piernas torneadas que se le mostraban como una promesa. Eran una invitación al pecado, o por lo menos, a sellar su amor que les surgía a borbotones. En su celular se escuchaba una canción de Vicentico que él, a propósito, escogió como

para ponerle banda sonora a tan romántico momento:

*¿Hace falta que te diga  
que me muero por tener algo contigo?  
¿Es que no te has dado cuenta  
de lo mucho que me cuesta  
ser tu amigo?  
Ya no puedo acercarme a tu boca  
sin deseártela de una manera loca.  
Necesito controlar tu vida,  
ver quién te besa y quién te abriga.*

No sabía si debía declararse o estamparle un beso impertinente de una vez. Optó por ser educado. Después de algunos minutos de silencio le tomó su mano y le dijo: «Rebeca, Rebequita. Les juré a los vagos que si hoy ganaba en el vóley iba a pasar algo loco. Y ya pues, gané. Quiero que sepas que han pasado tantos meses y yo... y yo...» No le salían las palabras, a pesar de ser considerado el labioso del grupo.

*¿Hace falta que te diga  
que me muero por tener algo contigo?  
¿Es que no te has dado cuenta  
de lo mucho que me cuesta  
ser tu amigo?  
Ya no puedo continuar espiando  
día y noche tu llegar adivinando,  
ya ni sé, con que inocente excusa  
pasar por tu casa.  
Ya me quedan tan pocos caminos  
y aunque pueda parecerme un desatino  
no quisiera yo morirme sin tener  
algo contigo.*

Ella miró al cielo, confundiendo un poco a Aníbal. Él insistió. «Bueno, Rebeca. Yo... desde hace unos días...» Se quedó mudo, el mago del verbo, el labioso que envuelve humitas con saliva, el palabrero sin ciencia. Así que fue ella quien le acarició la mejilla y lo besó tiernamente.

—Eso no podías hacer —dijo en voz alta, mientras lo besaba de nuevo.

Aníbal se juró a sí mismo que nunca más iba a permitir que ninguna de las chicas que le tocara en el futuro tomara la iniciativa: «Eso no se le hace a un hincha de la Liga de Quito, como quiera a los del Barcelona».

—Yo no soy hecha la santurrona como tus noviecitas de más arriba, mijito. Conmigo las cuentas claras, el chocolate espeso y los besos sin permiso. Ni que no conocieras cómo soy. Eso de declararse ya pasó de moda, pareces abuelito. Ni pareces de la Liga.

Ahora, que iba siendo arrastrado por ese infierno maloliente, pensó en los cinco hijos que ya no iba a tener con Rebeca. Se sintió triste. El próximo sábado habían quedado en ir al cine a probar esos asientos que vibran en media función. Había reunido algunos dólares durante dos meses para invitarla a ver la película que ella soñaba: *Batman*; y, además, el gasto en taxis, canguil, hot-dogs y Coca-Cola.

Pero ahora se encontraba en medio de una situación límite, surrealista. Nunca había pensado en la muerte, eso era cosa de viejos y delicaditos. Ahora la tenía de frente.

Y no le gustaba su ácido rostro.

Rebeca desapareció por instantes de su cabeza, pero se acordó de sus amigos que jugaban en la cancha. ¿Estarán vivos? ¿Habrán corrido su misma suerte? ¿De dónde vino tanta agua? ¿De la quebrada? ¿De la montaña? ¿Del infierno? Pero, ¿por qué justo el momento en que había gente en la cancha? ¿El puto aluvión no se pudo aguantar hasta la media noche? ¿Se habrá salvado el Cuico? El Patas no sabe nadar, de ley se ahogó. ¿Y el Bolón? Debe estar vivo, es más duro que una roca. ¿Quién más? El Matito, con sus dedos de pianista, estaba sentado en las gradas jugando en su celular. Desde algunos días no hablaba mucho. La Matilde le había termina-